

*Y al igual que una misma ciudad vista desde
ángulos diferentes parece completamente distinta
y se diría que se multiplica en sus perspectivas,
sucede del mismo modo que, por la multitud
infinita de las substancias simples, hay
otros tantos universos diferentes que, sin
embargo, no son sino las perspectivas de uno
solo según los diferentes puntos de vista de cada
mónada.*

Gottfried Wilhelm Leibniz
(*Monadología*, proposición 57)

1

CUANDO AMALIO CHOUZAS se estiró para bajar el equipaje, su corta estatura y los barquinazos del tren le hicieron temer que la maleta se desplomaría sobre la otra pasajera, una anciana de aspecto monjil con quien había mantenido animada conversación y que enmudecía ahora para vigilar sus movimientos. Dejar caer la maleta justo al llegar a su destino habría sido de mal agüero, o como mínimo una muestra más de su propensión a hacer el ridículo. A pesar de dos conatos de derrumbe, consiguió que se posara suavemente en el suelo. Suspiró, se despidió de la señora con mucha fórmula de cortesía y salió cerrando el compartimento. Desde el pasillo observó cómo desfilaban los primeros edificios de la ciudad y se refrenaban las imágenes de los trenes varados, los depósitos de combustible, las vías muertas, la cubierta volada y el cartel que proclamaba su regreso: *Hannover-Estación Central*.

Se miró el reloj de pulsera: eran las siete en punto; las siete en punto del veintiuno de marzo de 1995. Estiró el cuello, se apretó la riñonada, rodó los hombros y resopló al tiempo que la locomotora se detenía. Después de esperar detrás de los viajeros que se arrimaban a la puerta para apearse, arrastró la maleta hasta la mitad del andén y se desplegó las solapas del abrigo sobre el pecho. Hacía frío. Marzo siempre es frío en Hannover.

El abrigo era una prenda sencilla de paño gris. Grises y usados eran también los pantalones y la chaqueta de pana. Amalio Chouzas, pequeño y fibroso, tenía el pelo blanco peinado a raya y el rostro sombreado con una barba difícil. Su aspecto era de labriego, de obrero humilde.

Los altavoces derramaban mensajes confusos por la estación. Amalio y su maleta estorbaban en el trasiego de carreras, saludos, despedidas, abrazos y prisas. La agarró del asa y se escoró hacia la izquierda: la carga, que parecía haberse inflado y ganado peso durante el viaje, le habría resultado más llevadera sin las dos botellas de vino.

Aquí terminaba el trayecto zigzagueante que lo había llevado del pueblo a Pontevedra, de Pontevedra a Madrid, de Madrid a Barcelona, de Barcelona a Portbou, de Portbou a Lyon, de Lyon a Suiza, y de las montañas suizas a las llanuras del Norte. Comparándolo con el que emprendió treinta años antes, el viaje había resultado cómodo y rápido; pero entonces Amalio era joven y lo impulsaba la ilusión, en tanto que ahora sólo respondía a la necesidad de hacer lo que tenía que hacer, porque son muchas las torceduras que sufre el destino de un hombre hasta convertirlo en aprendiz de justiciero.

Amalio Chouzas estaba viejo; viejo y cansado; muy cansado. Se habría tumbado allí mismo, en el andén, pero la inercia lo hacía seguir avanzando, como acaban los saltos los leones asaetados en el aire, como persisten en su lozanía las hojas de las ramas cortadas, como dan tres pasos ciegos las gallinas descabezadas antes de caer y morir.

Pudo haber utilizado el autocar de línea o haberse permitido el lujo de volar en la compañía que, según le habían dicho, enlazaba ahora directamente Hannover y Madrid; pero quiso reproducir el recorrido de entonces y usar el medio de transporte de entonces: no por rebuscar en las alacenas de la memoria, que tenía muy vivos los recuerdos de su primera llegada a Alemania; ni por cotejar tiempos y mundos, que ya no estaba él para ejercicios tan tristes; sino por dejarse llevar por el ritmo hipnótico del ferrocarril.

En uno de los establecimientos del vestíbulo, un tinglado turco de alimentación rápida, encargó unas lascas de ternera envueltas en pan de pita. Era la hora del primer café, pero consideró que podría combatir mejor el cansancio con un desayuno fuerte. Mientras el dependiente recortaba con el cuchillo el rollo de carne giratorio, Amalio suspendió la mirada más allá de la cristalera de la puerta principal y la fijó en la grupa de la escultura de la plaza. El jinete alardeaba de su quepis de plumero enhiesto, de sus alamares y charreteras, de su media capa de húsar de cuento de hadas. El bronce se confundía en el cortinaje de plomo de la mañana. Plomo sobre plomo; lluvias sobre fríos, fríos bajo nieves; nieves bajo nuevas lluvias en forma de aguaceros que azotan las ramas desnudas y desertizan las calles o de lloviznas que traspasan la vida; mantos de nubes grises sobre nubes grises bajo un sol tímido como una bombilla envuelta en trapos: “Bienvenido a la tierra sin luz, Amalio”, se dijo con un escalofrío.

Pero para lo que tenía que hacer no le hacía falta más luz que la de su propio convencimiento, porque la justicia ilumina en las tinieblas y da sentido a lo más absurdo. Y Chouzas, por una vez en su vida, se había convertido en su brazo ejecutor.

Tosió y cogió el cucurucho que le tendía el dependiente. Las manos agradecieron el calor.

FERMÍN VINUESA se despertó enredado en el cadáver de Salvador Soler. No supo si era una ocurrencia de su imaginación que le gastaba bromas para inaugurar el día, o el retazo de una pesadilla de la que no podía recordar nada más.

El reloj marcaba las siete y cuarto y Soler estaba muerto. Para espantar su fantasma Fermín Vinuesa se dijo en voz alta que ese mismo día empezaba la primavera. “¡Ya está aquí la primavera!”, gritó. Rememoró las mañanas luminosas de Zaragoza, los besos de su madre al sacudirle en la cama, los que él mismo daba a sus hijas mucho tiempo después mientras descorría las persianas y dejaba que el canto de los canarios se encargara de sacarlas de los sueños. Se levantó apartando el edredón vigorosamente, se colocó delante de la ventana, tomó aire, se puso una sonrisa en la boca y abrió los batientes con decisión.

Gris. El cielo había amanecido otra vez gris, como si los ángeles gamberros de todas las mañanas amarraran una vela inmensa a los tejados y la izaran a media altura. La lona se abombaba, húmeda y fría. Al fondo, una llaga de claridad dejaba adivinar dónde luchaba el sol por dejarse ver.

“Con estos inviernos tan largos y tristes, ¿cómo quiere usted que la gente no se muera?”, le dijo una vez Amalio Chouzaz.

Fermín respiró hondo en insistió en sonreír. Los días hermosos no tienen por qué ser azules. Se metería en la ducha, se tomaría un café calentito y oloroso, saldría a la calle a refrescarse con el aire de la mañana y se pondría a trabajar.

Canturreó *Hoy puede ser un gran día*, se quitó el pijama y cerró la mampara de la ducha. El primer chorro salió tan frío como si la caldera se hubiera averiado otra vez y le hizo lanzar un aullido. Afortunadamente Fritz ya no dormía; había salido a trotar por el parque con la primera luz del alba. Fritz era un muchacho de voluntad de hierro; no como él, que no conseguía hacer deporte por más que se lo propusiera. Montaba mucho en bicicleta, eso sí, y andaba, eso también, incluso algún sábado se ponía el uniforme de árbitro en la liguilla de la colonia española. No tenía tan mal los niveles en la última analítica... Se reconcilió poco a poco con el agua, se relajó y se enjabonó sin dejar de cantar. Hoy podía ser un gran día, aunque el sol se comportara con tanta timidez como siempre y el cielo no diera para muchas esperanzas. Salió tiritando. El radiador calentaba a duras penas y la mañana de marzo era tan invernal como todas las que la habían precedido, por más que los calendarios se hartaran de pregonar el cambio de estación.

Miró el que estaba colgado detrás de la cadena de la cisterna, una edición del obispado llena de fotos evangelizadoras. La imagen del mes consistía en

una monjita rodeada de niñas delante de un macizo de flores multicolores. Fritz había marcado con un círculo el número veintiuno y había escrito a bolígrafo la palabra *Frühling*. Primavera, en alemán, sonaba a *Lied* de Schubert o Schumann, la versión romántica del *Hoy puede ser un gran día*. Del veintitrés salía una flecha energética, y en su vértice la caligrafía de Fermín recordaba que era el cumpleaños de María. “La primavera llega, aunque no se sepa cómo”, pensó.

Se embadurnó la cara de espuma de afeitar. Tenía que hacerle un regalo a María. Si había marcado su aniversario era para no olvidarse de comprarle algo. Desde el día uno de marzo veía cada mañana la advertencia, pero la fecha era inminente y no conseguía inspirarse delante de las tiendas, y mucho menos en la iglesia o en el Centro de Día. Un libro podría servir, ¿pero qué libro? ¿No era un libro un regalo demasiado distante para una situación como la de ellos? ¿Una situación como la de ellos...? Cuando quiso coger la cuchilla, empujó el frasco de la loción, que resbaló y rodó desde la balda donde se acumulaban los productos de aseo. Cayó a plomo, rebotó sobre el lavabo y se estrelló en el suelo como una bomba de cristales y perfume. Los pedazos saltaron por todas partes, las baldosas se encharcaron y la fragancia invadió el cuarto de baño. Fermín soltó una blasfemia, y blasfemar aumentó su mal humor. Se apartó con mucho tiento para no pisar las esquirlas, porque iba descalzo, y se acuclilló para recogerlas. Las fue picoteando con la mano derecha y las depositó en la palma abierta de la izquierda con toda la cautela de que fue capaz. Pensó que sería más conveniente empujarlas y agruparlas con un trapo en vez de perseguirlas con los dedos, pero no le pareció que las aristas fueran peligrosas. Cuando terminó, fue a la cocina y dejó caer los cristales en el cubo de la basura. Regresó con un paño del fregadero para absorber la loción derramada.

Sacudiéndose las manos y dando el incidente por concluido, se enderezó delante del espejo. Había dejado de cantar, y todas las versiones líricas de la primavera, en alemán o en español, habían desaparecido de sus intenciones. La espuma de afeitar se fundía y se escurría por la barba como un helado de nata expuesto al sol. Parecía un mendigo viejo y maltratado por la vida. Se fijó en el pelo ceniciento, que cada vez raleaba más, y en las dos verrugas que se hinchaban debajo la ceja derecha. Cincuenta y seis años, pensó, y echó un vistazo al calendario para comprobar que los meses dejaban de numerar a partir del día treinta y uno. Calculó que la suma de las edades de las niñas de la foto apenas alcanzaría la suya. Dio un bufido, agarró la cuchilla y se la pasó por el labio superior. Se sobresaltó al ver que la espuma se teñía de rojo, que la mancha se extendía por la barbilla hasta derramarse por la mano y la muñeca. Supuso que se había cortado la cara, se la aclaró con agua y vio que no tenía rastro alguno de sangre en la mejilla. Era el dedo índice: se había hecho una incisión con uno de los trozos de cristal. No era profunda ni muy ancha, pero sangraba abundantemente. Puso el dedo bajo el chorro del grifo y lo apretó

mientras buscaba por las alacenas algodón y agua oxigenada, tal vez un esparadrapo o yodo. Ante las emergencias caseras Fermín Vinuesa se sentía desvalido. Siempre se embarullaba si había que prestar primeros auxilios y tardaba en reaccionar cuando se trataba de vendar heridas o decidir si llevar a un crío a urgencias pediátricas. Lamentó que Fritz no estuviera en casa. Miró por la ventana del cuarto de baño, que tenía vistas sobre el parque, pero sólo distinguió a dos señoras en la parada del tranvía y a un jovencuelo en bicicleta que se apoyaba sobre una pierna mientras esperaba a que el semáforo cambiara a verde.

No pasaban coches. Se llevó la herida a la boca y la chupó. El dedo se había descolorido y arrugado como una legumbre en remojo. Para no alarmarse recordó que es difícil cortar una hemorragia de ese tipo. Apoyó la muñeca en el lavabo y dejó que el hilillo rojo descendiera por la superficie pulimentada y llegara al desagüe. Encontró un frasco de cristal con bolitas de algodón rosa más aptas para desmaquillarse que para usos sanitarios, empapó una en alcohol y la presionó sobre la cortadura. Le escoció.

“Mala cosa”, se dijo quitándose el algodón y comprobando que el dedo no dejaba de manar sangre, pero no supo si la mala cosa era su herida que no cicatrizaba, la mañana gris o el portazo con que Fritz anunciaba que había regresado a casa después de su sesión de trotes deportivos.

Entró sudando y jadeando, requiriendo las gafas y pidiendo paso para usar la ducha. Fritz era un cura joven, berlinés y meticuloso, que tocaba el clarinete al atardecer y parecía haber leído todos los libros publicados en los últimos quinientos años. Delgado, pelirrojo, elástico de cuerpo y ágil de mente, solía ofrecer una compañía tan discreta que a Fermín no le pesaba compartir el piso con él. Tenía sus altibajos, sus rachas taciturnas y sus puntas de euforia, pero bastaba mirarle a los ojos para saber cómo andaba de ánimo y lo que podía esperarse de él en cada momento.

—Me he cortado.

—¿Con qué?

—Con un cristal. Se me ha caído el frasco de la loción.

—¿El que te regaló tu hija en Navidades? Fritz tenía una capacidad sorprendente para memorizar detalles triviales. Desde que vivía con él, Fermín se estaba malacostumbrando a pedirle cada dos por tres que le recordara datos que a él se le difuminaban.

Desapareció de un salto, como siempre nervioso y rápido, y regresó con un cogedor y una escoba. Empujó a Fermín para que se apartara y le dejara barrer. Fermín Vinuesa se sintió vejado al ver que daba más importancia a la limpieza del suelo que a la gravedad de su herida. Ni su difunta mujer, que era una paranoica del orden, habría actuado con tanta desconsideración.

—¿Desde cuándo recomiendan algodón rosa para los botiquines? —preguntó Fritz sin dejar de barrer.

—Me lo dio María.

—¡María!

Fermín salió del cuarto de baño. La herida parecía haberse sellado y ahora latía y ardía como si el corazón se hubiera trasladado a la yema del dedo. Cortó un pedazo de esparadrapo con los dientes y se lo enrolló. Al palpito y al calor se sumó la presión de la venda.

¿Por qué se había infiltrado Salvador Soler en sus sueños? ¿Por qué volvía a incendiarse en su memoria la imagen de su cadáver? Fermín Vinuesa sacó una rebanada de pan de molde y la metió en la tostadora. Colocó el frasco de aceite sobre la mesa y cargó la cafetera.

Desayunó deprisa y oyó sin interés la reseña de Fritz acerca de un ejemplar de la revista *Merkur* que se había leído la noche anterior. Estaba dedicado al fundamentalismo y el multiculturalismo. El tema, que obsesionaba a los alemanes desde que habían surgido los primeros movimientos neofascistas en algunas ciudades del Este después de la reunificación, no era para despertar el entusiasmo matinal de nadie, pero Fritz estaba locuaz y no paró de hablar hasta tragarse el último mordisco. Fermín Vinuesa veía su café con leche y su tostada con aceite, y al otro lado de la mesa las lonchas de embutido y queso, las salchichas y el cuenco de cereales, y se preguntaba si no era ese desayuno la mejor muestra del multiculturalismo en que tanto hurgaban los articulistas.

Sólo cuando ya se levantaban, Fritz se quedó mirando el gurrúño de esparadrapo que enarbolaba en el dedo su colega y le advirtió de que se le iba a caer en cuanto saliera a la calle. Fermín Vinuesa se encogió de hombros, se despidió, bajó los dos pisos a oscuras, porque no le gustaba la luz cruda de la escalera, y salió del portal.

Manuel Cerezo, alias Partío, estaba sentado en la barandilla. Se abrigaba con una pelliza que en tiempos mejores fue de color pardo, y toqueteaba la funda de su guitarra.

—Pero, ¿qué haces aquí? —preguntó Vinuesa.

—Venía a hablar con usted, padre.

Fermín Vinuesa buscó su bicicleta en las rejas del semisótano hasta que se acordó de que el día anterior la había dejado en el despacho parroquial de San Clemente.

—Podemos hablar luego, en Cáritas, o en la iglesia. No hacía falta que vinieses a pasar frío a mi puerta. ¿O es que es urgente?—. Procuraba ser amable, pero el dedo le ponía de mal talante y no le gustaba que vinieran a su casa a asaltarle de esa manera.

–Es que estoy preocupado.

El Partío olía a vino y tenía la voz cascada de haber pasado la noche a la intemperie. Fermín Vinuesa contestó con sequedad:

–Y yo también estoy preocupado por ti, Manuel. Así no puedes seguir. ¿Cuánto has bebido esta mañana?

–¿Y qué quiere que le haga, padre? La patrona me ha vuelto a echar de casa. Total, sólo porque he vomitado un poco en el rellano de la escalera. ¿Me va a dejar usted dormir en la Misión?

Fermín Vinuesa, que había previsto ir primero a la iglesia, murmuró un “Vamos” disgustado y se encaminó a la oficina de Cáritas para que atendieran al Partío cuanto antes. ¿Qué se hace con un pobre hombre alcoholizado? Buen músico, según decían; pero toda su habilidad con la guitarra y toda la belleza de su voz se había encharcado en vino. María había hablado con él decenas de veces, había intentado integrarle sin ningún éxito en un círculo de alcohólicos anónimos; el Partío presumía de tomarse la medicación del psiquiatra empujándola con un par de vasos de Valdepeñas. Se había hecho todo lo humanamente posible, y aunque fuera sacerdote, Fermín Vinuesa sabía que la ayuda divina no era la solución para un problema como ése.

Fermín accedía de buen grado a cuidar de sus feligreses, pero procuraba mantener los pies en el suelo y reservarse cotos de intimidad para que la agitación no se lo llevara por delante. A su edad y con sus antecedentes, conocía bien cuál era el límite de sus fuerzas y prefería administrarlas con cautela. No había tardado en darse cuenta, además, de que quienes acudían a él y le asaeteaban a consultas representaban una pequeña porción del total de los españoles de la demarcación. Si en el censo de la ciudad rondaba los cinco mil (sin contar a los que habían renunciado al pasaporte), no eran más de doscientos los que venían a él regularmente, la mayoría jubilados ociosos y amas de casa dispuestas a matar el aburrimiento rondando sotanas.

Vinuesa caminaba con zancadas amplias y rápidas, con el tronco un poco vencido hacia adelante. El Partío le seguía con dificultad, bamboleaba la guitarra y trastabillaba. El capellán se detuvo, echó la vista atrás, esperó que llegara a su altura y le dijo:

–¿Para qué te voy a decir que dejes de beber, verdad?

–El vino me da la vida, padre –replicó el Partío con toda la solemnidad que le dejaron los jadeos –. El vino y la guitarra: eso es la vida para mí.

–La vida y la muerte.

–Yo pienso con el vino y con los dedos. Y pienso con claridad. Por eso estoy preocupado.

–¿Y por qué estás preocupado, si puede saberse?

–Porque hoy me he levantado oliendo a sangre.

Vinuesa perdió el paso.

–¿Qué quieres decir?

–A sangre. Que algo va a pasar. –El Partío respiraba con dificultad.

–¿A quién le va a pasar nada?

–Eso no lo sé.

“Pues estamos listos”, pensó el capellán meneando la cabeza y acelerando el paso, disgustado de que un borracho impenitente no sólo hubiera trastocado el orden que tenía previsto para esa mañana, sino que además se pusiera a discutir con él las intuiciones que había oído en los posos del vino. A los pocos metros, sin embargo, y viendo que el Partío ya casi no podía seguirle, volvió a detenerse y le esperó. Caminó junto a él intentando acomodar el ritmo a su cadencia renqueante. Guardaron silencio, y sólo cuando se acercaban a la puerta de la oficina de Cáritas, preguntó Vinuesa:

–¿Y qué sugieres que hagamos?

–Pues nada. Que esperemos. ¿Qué vamos a hacer si no?

Vinuesa suspiró y siguió caminando.